

saciar el apetito de una piara de cerdos, sin perdón de nadie; pero cierto tambien que la tia Catalina gruñía y refunfuñaba diariamente diciendo, que la mujer para Dios ó para el hombre, ó monja ó casada, y pronosticaba que se quedaria para vestir imágenes pues no creia ella que aquella procesion durase mucho y que al fin nadie querria cargar con sus pedazos. Rosa aguantaba el chubasco con heróica resignacion; decia que no se casaba por cuidar mejor á su padre y abuelita; aprobaba el tio Anton su conducta con un enérgico "Muy bien dicho;" y no tenia mas remedio la anciana que retirarse diciendo:

—¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!

Y en efecto, eran unos tiempos como todos, pues los dias que no estaba nublado salia el sol y se ponía; y el agua de la acequia del molino corria fresca y clara murmurando; y el rio serpenteaba por entre sargales; y los vecinos de Las Vegas sembraban sus tierras de pan llevar; y, si algun pedrisco no les evitaba este trabajo, las segaban á su debido tiempo; y se morian unos y nacian otros; y éste se casaba y aquel lloraba su mocedad; y, en fin, sucedia todo lo que ha sucedido y probablemente sucederá mientras el mundo sea mundo y el hombre sea hombre.

Una cosa pasaba para no volver, y eran los dias, y tras los dias, los meses, y tras los meses, los años, y todos desfilaban en procesion, sin sentir; deslizábanse cuando mas bien asidos creia uno tenerlos, como una anguila á quien el pescador oprime entre sus dedos, mientras bonitamente, gracias á la finura y grasosidad de su piel, se le escapa para no dejarse coger de nuevo.

Y el tiempo, al marcharse, se llevaba siempre alguna gracia de la niña Rosa, dejándola en cambio las de la mujer hecha y derecha, en una palabra, hablando en cristiano, iba envejeciendo. Mas su corazon permanecia aún tan jóven como el dia en que, sola en su huerto, besaba con afán la rosa caída de la chaqueta del Rojo.

No obstante, de aquella época de su vida no le quedaban mas que recuerdos. Cuando con el cántaro debajo del brazo pasaba por delante del *peiron* de la Virgen del Cármen, alguna lágrima se deslizaba de sus ojos, y con aquella lágrima salia siempre una plegaria de su corazon, mientras rezaban sus labios un *Padre nuestro* por el eterno descanso del que debia haber sido su esposo.

La Virgen, que es madre de los afligidos y se complace en derramar el bálsamo del consuelo en sus corazones, la miraba cariñosa y la sonreía como diciéndola:

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Y en efecto, el consuelo debia estar reservado á Rosa, pues habia llorado mucho.

Pero Rosa era buena, y secaba sus lágrimas obrando el bien á todas horas. Tenia sobre todo un especial gusto en alojar en su casa á cuantos militares pasaban por la aldea, y éstos, que por lo general echan pestes de las patronas, ponian en las nubes á aquella patroncita tan generosa y tan amable.

A toda clase de pobres llegaba su caridad, pero particularmente á los inválidos verdaderos ó fingidos, que con excusa de la guerra de Africa

pululaban que era una bendicion. No llamó ninguno á la puerta de la casita blanca sin alejarse con el *zurron* bien provisto,

Su predileccion por esta clase de desgraciados era un afectuoso tributo á la memoria de aquel que, despues de muerto, aun reinaba en su corazon.

Su habitual tristeza se habia apegado como enfermedad contagiosa á todos los de aquella casa. El tio Anton hubiera dado gustoso un dedo de la mano por devolverla su sonrisa y sus colores; y hasta la misma tia Catalina empezaba á sentir remordimientos por su conducta.

Y habian pasado siete primaveras desde el dia en que Agustin desapareció, vega abajo, tras la cumbre vecina; pero en vano las mejillas pálidas y los hermosos ojos se asomaban á la ventana mas alta de la casita blanca para verle volver, que en Las Vegas se habian rezado ya muchos *Padre nuestros* por el eterno descanso de su alma.

Aquel caminito, no obstante, devolvía de vez en cuando al valle nativo alguno de sus hijos. Al divisarle desde la cumbre sus ojos se preñaban de lágrimas, pero lágrimas de alegría y ternura, que tambien es tierno el corazon del labriego y capaz de sentimientos tan nobles como el amor al suelo que nos vió nacer.

.....
Un dia, á la caidita de la tarde, de una tarde de mayo, cuando ya el sol se ocultaba tras la cumbre opuesta del valle entre nubes de fuego, y la brisa empezaba á agitar suavemente aquel mar de verdura, producto de los sudores del labrador y su única esperanza, uno de aquellos

desterrados apareció palpitante de amor y de felicidad en la vecina cumbre, desde donde, con una mirada, podía abarcar el valle entero, con sus huertos y su riachuelo, y la pequeña aldea, recostada al pié de la graciosa torre en la falda de las montañas de su derecha; pero ¡ay! que en vez de contemplar ansioso tanto objeto querido, apenas tuvo fuerzas para imaginárselos con los ojos del alma, tal cual los vió la última vez, y su pecho exhaló un hondo suspiro. ¡Pobre ciego! Nunca le ha sido tan doloroso el no poder ver al sol de Dios, como en este momento tan suspirado, anhelo único de su alma. ¡Ah! si él pudiera, ¡cómo daría gustoso algunos años de vida por volver á ver una vez tan solo aquel vallecito, aquel campanario, y sobre todo aquella casita blanca de la frondosa parra, que tiene delante de los ojos!

Mas el perro que le sirve de lazarillo, atado á una cuerda cuyo otro cabo lleva el ciego asido, es completamente lego en materia de amor patrio, y maldito si entiende una jota de paisajes y perspectivas; por lo que, sin dignarse siquiera echar en torno suyo una mirada, husmeando el polvo del camino y moviendo rápida y acompasadamente la cola, da irrespetuosamente un tirón á su amo, que no tiene mas que seguirle.

El perro, segun olfatea y se relame el hocico, debe ir rastreando algun olorcillo, y así es en efecto, que no ha mucho un pastor llevó por la misma senda un par de perdices á la tia Catalina.

Entran, pues, en la aldea nuestro ciego y su guia, sin ser conocidos ni aun por los mejores

amigos de otros tiempos. Algunas veces cree reconocer el buen ciego, y se propone entablar conversacion con sus propietarios; pero el maldito perro, corre que te correrás tras el olorcillo á perdiz, no se lo permite, hasta que ya quiso Dios que el perro se parase ante una puerta, forcejando sin embargo para colarse por la gatera. Probablemente, si esta hubiese sido suficientemente ancha para dar paso á la corpulencia perruna, no hubiera parado el animalito hasta zamparse de patas en el perol, en que la tia Catalina condimentaba las consabidas perdices; pero las gateras de Las Vegas no permiten que se cuele nadie por ellas mas que los señores gatos; por eso son gateras, que si diesen paso á los perros serian perrerías.

A todo esto, el ciego, desconocedor del terreno que pisaba, tentó con su palo para orientarse y al tropezar con la puerta de una casa, dijo:

— ¡Ave María Purísima! ¿Dan Vds. una limosna á un pobrecito ciego, por el amor de Dios?

Rosa oyó aquel timbre de voz, tuvo un presentimiento, y medio desfalleció de gozo. Tiró lo que tenia en las manos, y en un decir Jesus, bajó al zaguan, abrió la puerta, y loca, materialmente loca, sin saber lo que hacia, abrió los brazos, estrechó al ciego entre ellos, y con un grito pronunciaron sus labios un nombre:

— ¡Agustin! dijo ella, y el atónito ciego, sin saber lo que le pasaba, si soñaba ó realmente estaba despierto, contestó á aquel grito con otro, y al nombre de Agustin, con el de: — ¡Rosa!...

Y Agustin y Rosa, unidos ya ante Dios por medio de un juramento sagrado, permanecieron

unidos un segundo por medio de aquel recíproco abrazo.

IX.

Algunos meses despues, cierto domingo, las campanas de Las Vegas repicaban, por la mañana, como en los tiempos del Rojo, y los muchachos muy lavaditos y muy limpios saltaban en el *honal* mucho mas alegres que si se tratara de un bautizo, con cuartos á la péscola ó *repelea*, como ellos dicen.

Casi todo el pueblo estaba convidado á la boda, que el tio Anton y la tia Catalina habian dicho que iban á tirar la casa por la ventana; así es que todos sacaron sus trapitos á relucir, quedándose las arcas vacias como si fueran las fiestas del lugar.

La tia Catalina, que ya no salia de casa, se hizo llevar á la iglesia en una silla de brazos para presenciar el casamiento de su nieta, y se puso para honrar la fiesta la saya con que se casó y la *mantellina* blanca de franela, que solo salia en las grandes solemnidades, y los zapatos de punta de cuerno, que así se llamaban por su forma los que se estilaban en los buenos tiempos de la tia Catalina.

Hácia las nueve de la mañana, hora en que se han casado todos los vecinos Las Vegas, salió una larga y grave comitiva de la casita blanca con la frondosa parra. El señor *Retor* con manteo y sombrero de canal, como en los dias en que repican doble, rompía la marcha entre el novio y el

padrino; venia detrás una procesion de individuos del sexo feo, grandemente embutidos en sus magnas capas de *cordellate* (1); á continuacion la novia y la madrina vestidas de negro, con pañuelos blancos al cuello, y por último, una segunda edicion de la procesion primera, aunque mas desordenada, compuesta de individuos del sexo bello.

Las guisanderas dejaron por un momento los pucheros y cacerolas para ver salir á los novios, y asomaron sus narices por las ventanas de la casa. Entre ellas estaban Marta y la Cucana, que *casaban* por los codos, en especial esta última, que no cabia en la piel de contenta, tanto por lo mucho que queria á la novia, cuanto porque se habian acordado de ella para utilizar sus conocimientos culinarios, prefiriéndola á otras de no menor ciencia y fama.

—¡Jesus! Marta, decia la Cucana, dicen que en este mundo no hay dicha completa; pero esta lo es, y recompleta. ¡Si parece cosa de milagro!... calla, calla, que cuando me dijeron que habia venido el Rojo, me quedé viendo visiones.... ¡Pobrecico! ¡cuántos trabajos ha pasao!

—Vamos, contestó Marta, que no ha sido poca dicha para él, encontrar aún soltera á Rosilla y pescar á la vez, con la moza mas guapa de Las Vegas, las *peluconas* de la tia Catalina, con las que ha recobrado la vista.

—Tienes razon, Marta, si no hubiera sido por esto, ya se podia haber despedido el pobre Agustin de volver á ver el sol. Hija, creo que se le

(1) Paño bordo fabricado en el pais.

llevaron un dineral por hacerle la operacion de las pataratas (1).

Y gracias que ha recobrado la vista á tal precio; pero tia Cucana, ¿no le parece á vd. que ha quedado tan guapo como antes?

—Calla, Marta, calla, que lo que me parece á mí, es, que los *casorios remozan* hasta á los viejos. Cuando he concluido de vestir á Rosilla para ir á la iglesia, me la hubiera comido á besos. Estaba que daba *gloria de Dios* el verla.

Terminada la comida de la boda, y despues de haber dado gracias al señor *Retor*, mientras el tio Anton gritaba por allí ¡Ea, muchachos, ahora un baile bien bueno, ¿lo oís? bien bueno! llamó aparte el Rojo á su mujer, y la dijo:

Te acuerdas del escapulario que diste á mi madre, que de Dios goce, encargándole me lo entregase para llevarlo siempre encima? Pues aquí lo tienes, te lo devuelvo; guárdalo como una reliquia, él fué durante el servicio, mi única esperanza.

Rosa besó el escapulario y lo ocultó en su pecho.

A la sazón pasaba por allí el padrino, que no era otro mas que el mismo Pedro en persona, el *compinche* y mayor amigo del Rojo.

—Oye tú, buena pieza, le dijo éste, ¿á que no recuerdas lo que cantabas la noche aquella en que te me ofreciste por padrino?

—¿Pues no me he de acordar? mi muletilla de siempre:

(1) Cataratas.

"Papeles son papeles,
Cartas son cartas,
Palabras de mujeres
Todas son falsas.

¿Y qué tenemos?

—Qué? que lo que dice la cancion es falso, y si no, que lo diga Rosa.

—¡Bah! chico, tú te olvidas de que Rosa sin espinas no hay mas que una.

—Fastidiosos! dijo esta volviéndoles la espalda y haciendo un gracioso mohin, mientras las rosas se apoderaban de las azucenas de sus mejillas.

FIN.

LO
QUE ES UN PARROCO.

HISTORIA ESCRITA

Por Luis Venillot.

TRADUCIDA

POR JOSÉ SARDÁ, ABOGADO.

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y C^ª Escalerillas núm. 21.

1874.